

# ILUMINADA

LIDIA YUKNAVITCH

Autora *bestseller* de *La cronología del agua*



Horror  
Vacui



Este libro es para Miles Mingo, el sol de mi vida.

‡

Pero también es para cada niño que cruce el umbral, para cada tipo de cuerpo y de alma, para toda persona huérfana e inadaptada, inmigrante, refugiada, para cada género imaginable, para cada hermoso ser humano perdido o encontrado en busca de una orilla, de un hogar, de un corazón. Imaginad como un todo ese espacio entre lo que es ser un niño y lo que no. Mantenedlo todo lo abierto que podáis. Tenéis razón.  
Sois el mundo que vendrá.



Digo que estoy escribiendo sobre el tiempo y el agua, y la gente abre los ojos y dice: «Vaya, ¿y qué significa eso?». Y yo digo: «En los próximos cien años, el estado del agua del planeta cambiará». Los glaciares se están derritiendo. El nivel del mar está subiendo. El pH, el grado de acidez del océano, está alcanzando un nivel nunca visto en los cincuenta millones de años anteriores. Y todo está ocurriendo en lo que dura la vida de una sola persona.

—Andri Snær Magnason

Articular históricamente el pasado no significa conocerlo como «lo que realmente fue». Significa asegurar un recuerdo cuando este tiembla en un momento de intenso peligro.

—Walter Benjamin

Sentía cómo la vida, en lugar de estar hecha de pequeños incidentes separados que se vivían de uno en uno, se trenzaba entera como una ola que te eleva y te arroja estrellándote con ella en la playa.

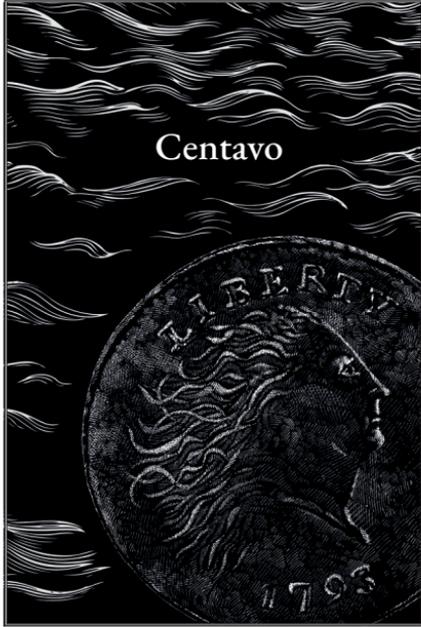
—Virginia Woolf

Puede que los lugares subterráneos a los que nosotros, los fugitivos del orden actual, debamos huir no sean excavados por la maquinaria pesada de la lógica de los adultos o de aquellos espíritus nobles que afirman conocer el camino, sino por los suaves dedos de nuestros niños rastreando el suelo que pisamos, acariciándolo, haciéndole cosquillas hasta que estalle a carcajadas.

—Bayo Akomolafe



Centavo





## CRUCIAL I

Soñábamos que éramos suyos.

Algo en nuestro interior creía que, por haberla construido, le pertenecíamos. La construimos con trozos de nuestros cuerpos, con las historias que atesorábamos y también con las anteriores a estas y las que todavía estaban por venir. Ella llegó en barco, hecha pedazos.

Cuando el barco Isère atracó en el puerto, lloramos. Los marineros también lo hicieron. Estaban convencidos de que las tempestades que habían sufrido en aquel trayecto acabarían por hundirlos en el océano, y a su cargamento con ellos. La cubierta del barco era casi del tamaño de un campo de cultivos. La bodega se había cubierto con enormes lonas negras confeccionadas para el viaje. Cuando los marineros las retiraron, la bodega parecía oscura y amenazadora.

Me pidieron que saltara a esa oscuridad.

Era como sumergirse en las profundidades del océano.

En la bodega, mis ojos empezaron a acostumbrarse. Había cajas gigantes del tamaño de casas repletas de piezas del coloso: una mujer cortada en rodajas, embalada y enviada. Una a una, encontramos las partes de su cuerpo.

Cabello.

Nariz.

Corona.

Ojos.

Boca.

Dedos, mano.

Pie.

Antorcha.

Había llegado en pedazos de sí misma.

Más tarde, mientras discutían sobre su reconstrucción, un ingeniero comentó que el faro embrionario, como llamaban al esqueleto interior de la estatua, contenía pistas para reconstruir su forma. Sin embargo, muchos elementos de su construcción quedaban todavía sin explicación y nos dejaron perplejos. Nos dejaron imaginando nuestras propias versiones de ella.

Durante esos meses, vivíamos en la ciudad y trabajábamos en la isla. Éramos carpinteros, herreros, techadores, yeseros y albañiles. Éramos instaladores de tuberías, soldadores y carpinteros. Mezclábamos

hormigón, machacábamos tierra, construíamos sierras y taladros. Éramos especialistas en chapa y cobre. Llegó a nuestras manos con treinta y una toneladas de cobre y ciento veinticinco toneladas de acero. Se habían pensado trescientas láminas de cobre para crear el recubrimiento exterior.

Éramos cocineros, limpiadores, monjas y vigilantes nocturnos. Éramos enfermeras, artistas y conserjes, mensajeros y ladrones. Madres, padres y abuelos, hermanas, hermanos y niños.

Durante el día siempre se oía el martilleo constante, el chirrido de las limas, el tintineo de las cadenas, el canto del cobre mientras la moldeábamos sobre andamios de madera, la cacofónica orquesta de nuestro trabajo. Veíamos brazos balanceándose, manos trabajando, hombros y bíceps y mandíbulas de los trabajadores flexionándose y rechinando. Aquellos sonidos eran nuestros cuerpos. El suyo cobraba vida gracias a nuestras manos. Nosotros, el cuerpo, nos enorgullecíamos de nuestro trabajo, como si esperáramos que alguien se aprendiera nuestros nombres y contara nuestras historias.

Cuando los vientos en el puerto se volvieron demasiado fuertes, nos vimos obligados a abandonar los andamios. Utilizamos poleas y cuerdas. Tuvimos cuidado de ser delicados con el metal más blando. Nos balanceamos alrededor de su cuerpo, nos balanceamos alrededor de sus piezas, como en el descenso y ascenso de los acróbatas, los pájaros o los operarios que limpian los cristales de las ventanas, aunque todos estábamos atados a su cuerpo.

A veces, por un instante, un cuerpo puede sentirse real cuando es parte de una historia como esta. Como si cada uno de nosotros existiera de verdad.

Por la noche, cuando ya nadie trabajaba en su cuerpo, algunos nos quedábamos de pie junto a su cabeza y mirábamos fijamente sus ojos gigantes y redondos. Pensábamos que parecía triste. O una mezcla entre enfadada y triste. Cada uno de sus ojos era mucho más grande que una cabeza humana. Su rostro no era ni masculino ni femenino, o tal vez era ambos al mismo tiempo. Sentíamos que tenía la mirada de nuestro trabajo, pero también de nuestra pérdida, nuestro amor, nuestras vidas. A veces, abrazándola, pensábamos o sentíamos que era una madre, pero lo decíamos de una manera nueva que nadie había imaginado antes.

Éramos la voz imposible de los cuerpos.

Algunos de nosotros nacimos aquí y otros éramos hijos e hijas de padres que llegaron de fuera. Vinieron de la hambruna, de la pobreza, de invasiones, de todo tipo de atrocidades, vinieron de la

guerra. Vinieron de algo que había que dejar atrás, por eso cruzaron la tierra y luego el océano. Hablaban de persecuciones o de pobreza, pero también de colinas ondulantes o puestas de sol sobre el desierto o flores con nombres que nos conmovían el corazón. Dejar un lugar produce tristeza y alivio, y venir aquí trajo ambas cosas también. Hablábamos tanto de la crueldad como de la belleza —o de la belleza que recordábamos— en nuestras tierras natales, o en las manos de los niños nacidos aquí. Nos desprendimos del abrazo de nuestros hogares anteriores para llegar a este lugar.

Éramos judíos, italianos, lituanos y polacos. Éramos irlandeses, nativos americanos y chinos. Éramos libaneses, africanos y mexicanos. Éramos alemanes, trinitarios y escoceses. Éramos cientos a lo largo del tiempo y de las distancias; era imposible decir cuántos.

Éramos un océano de trabajadores. Hablábamos ruso, francés, italiano, inglés, chino, irlandés, yiddish, swahili, lakota, español y una maraña de dialectos. Nuestras lenguas eran una especie de himno.

Comprendimos que el trabajo cruzaba océanos. Algunos de nosotros descargamos las piezas de la estatua después de su viaje y otros las volvimos a juntar. Aquellos de nosotros que habíamos descargado las piezas y luego las habíamos vuelto a ensamblar sentimos una extraña conexión. Entre nosotros y hacia ella. O así podría haber sido.

El conjunto de nosotros —el nosotros que podríamos haber sido— podría haber comprendido, a través de las historias que circulaban, que nuestros compañeros franceses pretendían que ella fuera una conmemoración a la abolición de la esclavitud. La primera versión del escultor francés sostenía una cadena rota en su mano izquierda. Vimos los dibujos. Sabíamos lo que significaba la cadena. Podríamos habernos frotado las muñecas, los tobillos o el cuello al recordarla. Pero entonces la cadena cambió de lugar. En su cuerpo y en nuestros cuerpos. Y fue colocada cerca del pie.

Podríamos haber notado entonces, en nuestros cuerpos, que nuestros Estados habían sido cosidos de forma imperfecta, que la guerra había abierto una herida permanente. Que algunos de nosotros contábamos menos que otros, que nuestros derechos seguían siendo pisoteados a diario. Que estaban reduciendo a polvo a los niños en todas partes, en las fábricas. Que las leyes nos excluían incluso cuando nosotros, el cuerpo, construíamos los medios de transporte que cruzaban esta tierra. Entre nosotros viajaban historias que podrían haber llevado a cualquier parte, girado en cualquier dirección, a pesar de nuestro trabajo agotador.

Que nosotros podríamos haber nacido de ella, pero empezaron a aparecer pequeñas grietas en la historia, igual que en los materiales de su cuerpo y en nuestra labor.

En lugar de una cadena rota, sostenía una tablilla. La tablilla significaba el imperio de la ley. La cadena rota y el grillete estaban en el suelo, casi ocultos bajo sus pies. Apenas se veían, pero sabíamos que estaban ahí —fue nuestro trabajo el que los puso ahí— y aquel hecho nos parecía significativo.

Nos preguntamos, ahora que las cadenas quedaban ocultas, qué historia surgiría en lugar de una sobre la emancipación. Nos preguntábamos qué historia se desprendería de esa tablilla, del recién estrenado imperio de la ley. Nos preguntamos qué pensaría la propia estatua de estos cambios en su cuerpo, de estos cambios en la historia. Nadie nos preguntó qué pensábamos, ni qué pensaba ella. Las estatuas no hablan. A algunos nos empezó a atemorizar que ella no fuera nuestra, que nosotros no fuéramos suyos, pero nadie quería decirlo en voz alta porque, al final, de alguna forma teníamos que ganarnos la vida.

Una vez, mientras trabajábamos en la cabeza y en la cara a ras del suelo, vi a una sufragista escupiéndole en señal de protesta. «Por qué un rostro femenino debería representar la libertad cuando las mujeres aún no pueden votar», preguntó. Gritaba y temblaba a la vez, mientras su pregunta se esparcía por la dura mejilla de cobre.

Me quedé pensando en aquella mancha durante mucho tiempo.

Cuando todos se fueron a dormir, acerqué un trapo al cobre y lloré durante un rato mientras la limpiaba. La sufragista tenía razón. Comprendí lo que quería decir. Pero yo estaba entre los que habían trabajado para hacer la cara de esa estatua, para que pudiera contener tanto la gravedad como la ternura de una idea que yo creía que podía ser hermosa. Quizás no en nuestro tiempo, pero en algún tiempo futuro, uno de los días que vendrían. Ese rostro podía convertirse en algo que aún no éramos. Una libertad oscurecida en los grilletes ocultos bajo sus pies, subiendo por su cuerpo y su brazo hasta la antorcha, hacia el horizonte, a los cielos infinitos. Tuve un extraño sueño en el que aparecía la forma de su rostro. Mi cara tenía sus propias marcas.

Nuestro trabajo tenía un ritmo y una forma y una melodía que eran más grandes y llegaban más lejos que nuestras diferencias. Quizás nuestra canción nos ayudó a sentirnos parte de un todo que existía y que no existía al mismo tiempo. La canción nos ayudaba a trabajar, ayudaba a nuestros cuerpos a no ceder ni a rendirse. La canción de nosotros, el cuerpo, se encontraba con el aire y el agua que nos rodeaban de forma